

Carlos Keller R.

La crisis de nuestro tiempo



EL CONCEPTO de crisis como fenómeno sociológico ha sido precisado con gran acierto por Ortega y Gasset. Hay crisis —dice— cuando no se está conforme con lo que hubo, pero falta algo para reemplazarlo. Se ha perdido la fe en el pasado y se desearía substituirlo por algo mejor, pero todavía no existe. De este modo, todo se transforma en problema. Uno se siente insatisfecho. Perdida la fe en las rutas antiguas, se buscan nuevas. Se tantea. El futuro se vislumbra, y se presenta todavía incierto.

Tal estado de ánimo predominó cuando surgió la cultura occidental poco después de Carlomagno; cuando adquirió su primera forma concreta por el año 1200, al nacer el gótico; por el de 1500, cuando pasó del gótico al barroco, y por el de 1800, cuando nació el mundo en que vivimos.

Los períodos de crisis son relativamente breves, y tras ellos viene la plenitud, la madurez, en que se imponen nuevas ideas y formas, seguidos por un lento descenso y epigonismo, en que la creación cesa lentamente, hasta establecerse condiciones para una nueva crisis.

Esta concepción de la historia, como un vaivén o un flujo y reflujo de momentos críticos, en que todo parece estallar, y de plenitud y satisfacción, que ceden finalmente su lugar a un nuevo abatimiento, seguida por una nueva crisis, que se deriva de la filosofía de la his-

toria de Hegel y que ha sido descrita tan bien por el filósofo español a quien ya me referí, adquirió dinamismo gracias a la teoría de Spengler sobre el devenir histórico.

LA CONCEPCION SPENGLERIANA

El nos da, al mismo tiempo, una explicación de tales estados históricos.

El hombre casi nunca enfoca la realidad y el mundo espiritual en todos sus aspectos, no es enciclopédico. Cada época tiene preferencia por ciertos planteamientos.

Cuando nace una alta cultura, su preocupación esencial es la salvación del alma, el ordenamiento de los asuntos humanos en sus relaciones con Dios. Se origina así, junto con la cultura, una nueva religión. Esta llama es tan potente, que ilumina también las zonas limítrofes: la filosofía, las artes, toda la vida. Se acentúa así el interés por lo religioso y espiritual.

Tal constelación fue posible y necesaria, como consecuencia de los factores mismos que permitieron el surgimiento de la alta cultura. Siempre encontramos en sus orígenes migraciones, en que grupos invasores dominan a pueblos sedentarios en un territorio. Chocan así ideas heterogéneas sobre Dios, sobre los orígenes del mundo, sobre el destino de los hombres, y hay, por consiguiente, necesidad de ordenar ese caos. En contradicción con la sentencia romana de que el hombre primero se preocupa de vivir y después de filosofar, hace justamente esto último primero, y considera como más importante preocuparse de su alma que del bienestar material.

Pero hubo también necesidad de ordenar las cosas de este mundo, lo que se logró por la creación del feudalismo, organización política jerarquizada, muchas veces comparada con una pirámide, con el príncipe a la cabeza, dignatarios de diversas graduaciones en sus escalones y la gran masa del pueblo en la base, un pueblo que era, esencialmente, campesino en los orígenes, pero sobre el cual se colocaron las dos clases dominantes de la nobleza y del sacerdocio.

Este orden fue realizado en Occidente en dos períodos sucesivos, cada uno con duración de trescientos años. Mirados bajo el aspecto de los estilos, los podemos llamar el románico y el gótico. La crisis del 1200, que los separa, fue mucho menos intensa que la del 1500, que les puso término, pero es evidente que existió. Ella encontró su mayor expresión espiritual y desenlace en la obra de Santo Tomás de Aquino, tan maciza, compacta y densa, que nuestro tiempo tiene que hacer un enorme esfuerzo para captar siquiera sus contornos.

La vida económica era todavía relativamente sencilla, predominando la agricultura, pero en torno a los castillos, monasterios y templos comenzaron a formarse los primeros centros urbanos, con sus artesanos, sus mercaderes, sus profesionales.

LA CRISIS DEL 1500

La crisis del 1500 fue gravísima y muy profunda. No pretendo analizarla aquí en todos sus alcances, pero conviene echar al menos una mirada a sus principales aspectos, para comprender mejor el tema de mi conferencia, que se refiere a los aspectos económicos de la crisis de nuestro tiempo.

Lo más práctico es analizarla de acuerdo con la índole de los problemas que tuvo que solucionar.

Desde luego, en el campo político reinaba el caos, pues el feudalismo no había sido capaz de dominar a la larga los problemas de las diversas naciones. El siglo XV, el poder central fue supeditado por fuerzas centrífugas. Cada dignatario feudal se sublevaba contra el príncipe, y otro tanto hacían las ciudades incipientes. El paisaje estaba poblado por castillos y centros urbanos amurallados. Los territorios nacionales se encontraban divididos en feudos más o menos independientes. En una época en que el intercambio podía aumentar vertiginosamente, debido a las nuevas técnicas industriales y las conquistas de ultramar, los mercados se veían reducidos a su más insignificante expresión, debido a que cada feudatario y ciudad cobraban

derechos y procuraban autoabastecerse. Las naciones estaban pletóricas de fuerzas en auge, pero éstas no podían actuar, pues se encontraban aprisionadas en castillos y murallas.

... .. Y SU SOLUCION

Nuevamente debo evocar a Ortega y Gasset, para hacer comprensible la solución de la crisis. Se debió ella —véase *España Invertida*— a una mujer, la incomparable Isabel la Católica, quien anticipándose a los demás monarcas europeos, creó un nuevo Estado: el absolutista. El príncipe dejó de ser *primus inter pares*, para asumir la encarnación de la voluntad nacional, el papel de realizador de los destinos comunes, tal como lo describe Francisco de Quevedo en *Política de Dios y Gobierno de Cristo*. Favoreció tal desarrollo la técnica; en este caso, sobre todo el invento de la pólvora y del cañón, que permitieron derribar los castillos y murallas, a fin de crear un gran territorio nacional unitario. El mejor símbolo de esta formación del imperio fue el acto en que Carlos V borró la palabra *Non* en el emblema de Castilla, que en vez de *Non plus ultra* rezaba ahora *Plus ultra*. Como España realizara esta transformación como la primera de las naciones del continente, obtuvo también todas las ventajas de su delantera.

Pero la crisis del 1500 fue integral, como todas las grandes crisis históricas. El gótico había agotado sus posibilidades plásticas y los artistas buscaron nuevos medios expresivos, surgiendo el barroco. Incluso se discutió acerca de la validez de las formas religiosas. La filosofía y las ciencias se separaron, desde luego, de la teología, siguiendo sus propios caminos. Hubo movimientos de reforma religiosa, pero incluso donde no ocurrieron, la Iglesia siguió nuevos rumbos, como lo evidencian las conclusiones del Concilio Tridentino y la creación de la Compañía de Jesús.

Para nosotros, la crisis a que estoy aludiendo y su solución en el período barroco, tiene especial interés, por cuanto dependieron esencialmente de la intervención de España. No sólo el siglo XVI

fue en Occidente el español, sino que lo fueron también los dos siguientes, al menos espiritualmente.

LOS ECONOMISTAS ESPAÑOLES DEL SIGLO XVI

Quisiera destacar a este respecto un aspecto muy desconocido y ya relacionado más directamente con nuestra materia. En 1952, la Universidad de Oxford, de Gran Bretaña, publicó una obra de Marjorie Grice-Hutchinson, con el título de *The School of Salamanca*, destinada a estudiar los economistas españoles del siglo XVI. Se refiere en ella a catedráticos de la célebre universidad, que plantearon los fundamentos de una nueva economía, encabezados por Francisco de Vitoria y a que pertenecen Domingo de Soto, María de Azpilcuenta Navarro, Diego de Covarrubias (quien llegara a ser presidente del Consejo de Castilla), Domingo de Bañez, Saravia de la Calle, Tomás de Mercado, Francisco García, González de Cellorigo, Luis de Molina y Pedro de Valencia, entre otros.

Los catedráticos de Oxford se quedaron admirados al llegar a conocer, hace sólo pocos años, a sus colegas españoles de cuatro siglos atrás, de aquella universidad que ostentaba en su frontispicio este lema: "Reyes para las universidades, universidades para los reyes". Y el asombro no era, en verdad, para menos, pues se enteraron de que toda la doctrina económica moderna ya se encontraba desarrollada por ellos, sin que faltaran cosas tan sutiles como la teoría del valor a base de la estimación subjetiva, que se atribuye a la escuela austríaca moderna, de Menger y otros; la teoría cuantitativa del valor del dinero, de acuerdo con la cual éste pierde su valor cuando se dota al mercado de cantidades exageradas de circulante, por más que las monedas sean acuñadas de oro o plata, y la teoría de que el valor de dos sistemas monetarios diferentes depende, en definitiva, del poder comprador de sus monedas.

Si uno lee los textos que transcribe la señorita Grice-Hutchinson, se da cuenta cabal del asombro de los economistas de Oxford. Así, Martín González de Cellorigo, escribe en su *Memorial de la*

Política necesaria y útil restauración a la República de España, en 1600, que la verdadera riqueza no consiste en poseer grandes cantidades de oro o plata —es decir, de circulante—, sino aquellas cosas que, aunque se las consuma, pueden ser substituidas. El circulante sólo ha sido inventado para facilitar el intercambio: es su causa, no su consecuencia. Es un error el de suponer que aumente la riqueza de un país por ser incrementado el circulante. La causa por la cual el oro y la plata de las Indias desaparecen tan pronto de España, es su abundancia. España es pobre, por ser rica.

UN PROBLEMA DE CONCIENCIA

Aquella escuela de economistas de Salamanca, que creó, junto con las bases del derecho natural, las del mercantilismo, que rigió en Europa hasta fines del siglo XVIII, es decir, durante tres siglos, tuvo como punto de partida un asunto esencialmente medieval.

Había ocurrido que los mercaderes españoles de Amberes tenían una duda de conciencia acerca de las utilidades que obtenían con las letras de cambio giradas de una plaza sobre otra. Tales giros se hacían, en especial, con motivo de las cuatro ferias que se celebraban en Medina del Campo, donde había dos al año, Rioseco y Villalón y que se efectuaban en combinación con otras en Flandes. Si algún comerciante necesitaba dinero para cumplir con sus compromisos, lo solicitaba a un banquero y se obligaba a devolverlo en la próxima feria, un trimestre más tarde. Resultaba, ahora, que, según las plazas, por este dinero se cobraba una sobretasa, que variaba de acuerdo con la abundancia o escasez de dinero en cada una. Podía ocurrir incluso que se tuviera que devolver menos dinero en una plaza extranjera, que el que se había recibido. Por tal motivo, los mercaderes españoles de Amberes consultaron en 1530 a los catedráticos de la Universidad de París, si tales operaciones eran lícitas o no. Estos dictaminaron que representaban un pecado mortal y que, por consiguiente, estaban prohibidas.

Pero hubo una excepción. Había actuado allá hasta hace poco antes, como catedrático, don Francisco de Vitoria, quien opinó de una manera diferente. Confesó, sin embargo, que el problema de la moralidad comercial se le presentaba todavía confuso para dictaminar de una manera definitiva. En ese tiempo ya había regresado a Salamanca, donde su sala de clases ha sido conservada intacta, con su pequeña ventana en una elevada muralla blanqueada y sus bancos toscos de madera de encina, en que innumerables generaciones de estudiantes han tallado los nombres de sus chiquillas.

En 1534, Vitoria leyó allá su discurso sobre el sistema moral de Santo Tomás de Aquino, la "Secunda Secundae"; y al año siguiente, otro sobre la teoría de la usura de aquel teólogo.

Se enteró cabalmente que había necesidad de cambiar la doctrina. En la Edad Media estaba prohibido cobrar intereses por préstamos. Las letras de cambio a que aludían los mercaderes de Amberes eran, en el fondo, préstamos. Por consiguiente —así habían opinado los doctores de París— no se podían cobrar intereses por ellas. Pero era evidente que tal doctrina iba a paralizar la vida económica, que reclamaba expansión y facilidades para poder hacer las transacciones. Y he ahí la causa por la cual los doctores de Salamanca justificaron esas diferencias de valor en las letras de cambio entre plazas diferentes, restándoles el odio de representar pecados. Pero para hacerlo, fue necesario que definieran qué es el dinero, qué el valor, qué la economía: y así surgió la teoría moderna del dinero, del valor y de la economía.

Pero no era, por otra parte, una teoría económica pura. Estaba ligada a la teología, o, si se quiere, al orden moral. Los catedráticos de Salamanca reconocían, sin duda, un orden natural, pero no permitían al individuo que hiciera en la economía lo que le viniera en gana, sino que lo sometían a los mandamientos de Dios. Salvaron una crisis doctrinaria, pero lo hicieron estableciendo un nuevo orden, tan o más moral que el anterior. Con todo, si se prescinde de este hecho, sus doctrinas económicas ya encierran toda la obra de Adam Smith y de David Ricardo, como expresamente lo reconoce la autora.

LA CRISIS DEL 1800

Volvamos, sin embargo, a Spengler, para llegar a nuestro tiempo. Gracias a la obra de Isabel la Católica, continuada por el cardenal Cisneros, Carlos V y Felipe II, y a reformas similares realizadas en los siglos XVI y XVII, en Francia, Gran Bretaña y muchos otros países europeos, se hizo posible una fantástica expansión económica, con desarrollo cada vez más destacado de las grandes urbes y la formación de las industrias modernas, al menos en sus gérmenes.

Este crecimiento volvió a tropezar finalmente con lazos que se oponían a una mayor expansión, como eran el régimen político autocrático —la monarquía absoluta—, los gremios o corporaciones en la industria y el comercio, que no toleraban el surgimiento de grandes empresas, los ligámenes que existían en el campo, en que las labores se realizaban, en gran parte, en común, conforme a reglamentaciones obligatorias para todos los vecinos.

Simultáneamente, hubo un cambio sugestivo en la orientación espiritual. El campesino había sido tradicionalista, sentimental, religioso. El ciudadano de la gran urbe llegó a ser progresista, intelectual, racionalista, irreligioso. Eran dos mundos opuestos. Analizado, por ejemplo, el problema político a la luz de la razón, la existencia de un monarca no se justificaba, pues es indudable que todo hombre, al nacer libre y dotado de todos los derechos, tenía también el de poder ocupar todos los cargos. Así, al menos, pensaba el ciudadano.

De este modo el magnífico desarrollo del barroco desembocó en la crisis del 1800, que llamamos en Occidente “revolución francesa”. La tuvieron todos los países. No siempre se realizó con una toma de la Bastilla y la ayuda de la guillotina. En Gran Bretaña representó un movimiento lento, evolutivo; en Alemania, una imposición gubernativa; en la América Hispana se disfrazó como movimiento de emancipación. Pero su contenido fue siempre el mismo, impuesto con menor o mayor violencia.

Hemos de separar la idea de la realidad, para exponerlas separadamente.

LA IDEA DE LA "REVOLUCION FRANCESA"

La idea nació, sin duda, del racionalismo; digamos, del acervo intelectual de la Enciclopedia Francesa. Lo político parecería ser lo más importante, pero sólo lo fue por representar una herramienta para lograr otros fines. Lo que se perseguía en ese campo era, en el fondo, anular al gobierno, o al menos, restringirlo a su expresión más débil, al estado-guardián de los manchesterianos. Aun donde no se derogó la monarquía, sólo se le concedió la gracia de reinar, pero no de gobernar. Todo ciudadano debía tener iguales derechos políticos, pasivos y activos. Pero el campo fue limitado al mismo tiempo al máximo, pues se derogaron las infinitas prerrogativas de la monarquía absoluta. Todo esto se englobó bajo la divisa de la igualdad.

Luego debemos considerar lo que se entendió por libertad. Desde luego, ella comprendió infinitos negativismos; derogación de todas las reglamentaciones preexistentes, como ser, las de las comunidades agrícolas y de los gremios y corporaciones. ¡Que cada cual creciera a su manera! ¡Que no hubiera trabas para el mayor desenvolvimiento económico del individuo! Además, se consideró indispensable terminar con todos los controles de precios.

Debo volver a recordar lo ya dicho: la crisis del 1800 tenía una raíz esencialmente racionalista. No sin profundo sentido simbólico, la revolución francesa había reemplazado al Cristo y a los santos de las iglesias por la diosa de La Razón. Y como lo humano es un reflejo de lo divino, a aquella diosa correspondía en esta tierra el *homo oeconomicus*. Era éste un hombre desvinculado de la divinidad, al menos de la auténtica, con mente estrictamente racional y sin otra moral que la de buscar su provecho, en lo posible sin entrar en conflicto con el Código Penal, valla humana impuesta a apetitos demasiado voraces.

Para comprender cómo se imaginaban los contemporáneos que iba a funcionar un régimen basado en estos principios, conviene consultar alguna obra que trace con un poco de fantasía la realización de esas ideas, como las *Armonías económicas*, de Bastiat.

El raciocinio de fondo fue éste: ¡dejad que esos individuos inspirados en su interés y guiados por la razón se hagan competencia! Sin duda, cada cual procurará obtener los mayores precios y engañar en toda forma al consumidor, ofreciéndole mercaderías de mala calidad y peso o longitud inferiores a lo prometido, etc. Ya nadie supervigilará los precios, calidades, pesos y medidas. Pero no os olvidéis que hemos partido de la base de que aquellos individuos actuarán guiados por la razón. Todos tratarán de aventajarse mutuamente, y estallará la guerra de competencia entre ellos. En ella, algunos comprenderán que el éxito dependerá, precisamente, de ofrecer mejor calidad al menor precio. Los consumidores preferirán pronto a estos individuos, que serán favorecidos con sus pedidos. La cuantía de éstos les permitirá desarrollar mejor sus industrias o negocios, aplicándoles el mismo principio racional. Al mismo tiempo, se les hará posible desarrollar los procedimientos técnicos modernos, basados en sacar provecho práctico de la ciencia, hasta entonces considerada como una disciplina netamente abstracta, pero ahora aplicada a las necesidades del hombre. Es este el sentido más profundo del *laissez faire, laissez passer* de la época.

Como se ve, la solución que se pretendió dar a la crisis del 1800 no era mal intencionada, y ni siquiera se basaba en los intereses de algún grupo. Se pretendía hacer un bien a todos, favorecer los intereses colectivos. En definitiva, de esta lucha de competencia de todos contra todos iban a resultar las armonías económicas de que hablaba Bastiat.

... .. Y LA REALIDAD

Pero el hombre propone y Dios dispone. Todo el andamiaje espiritual de la "revolución francesa" era una construcción intelectual

muy habilidosa, pero en todo caso —como luego lo comprobaron los hechos— extremadamente artificiosa.

Podría decirse que se trataba de una teoría estática de la economía. En el fondo, el punto de partida no estaba mal ideado, y si la sociedad hubiera permanecido igual, quizás habría resultado razonable el planteamiento. Pues la “revolución francesa” fue un movimiento de lo que ahora llamamos pequeña burguesía, dirigido sobre todo contra la monarquía absoluta y la aristocracia, como también en contra del clero. Era la sublevación del *tiers*. Faltaba casi en absoluto el proletariado, y el capitalismo moderno era todavía incipiente. Se pensaba en que esos pequeños burgueses —agricultores, mineros, industriales, comerciantes, profesionales— se harían competencia y que de esa lucha resultarían precios bajos, mercaderías de buena calidad y una excelente atención de las necesidades colectivas, sin necesidad de reglamentaciones de ninguna especie. La sociedad jerarquizada sería reemplazada por una igualdad. La moral iba a resultar innecesaria, pudiendo ser substituida por el Código Penal.

No se pensó, en cambio, en que esa situación de partida no se iba a poder conservar, pues se habían disuelto, precisamente, todos los ligámenes que habían mantenido cohesionada a la sociedad. Liberando de ellos al individuo, predicándole que se dedicara a buscar su provecho, pues de la satisfacción de su afán de lucro y egoísmo tenían que resultar las “armonías económicas y sociales”, eso significó desencadenar las pasiones humanas y crear condiciones que hicieran ilusorios todos los ideales que se habían tenido en vista.

EL CONQUISTADOR ESPAÑOL

España había tenido que enfrentar una situación similar en el siglo XVI, cuando conquistó América. También entonces muchos de los conquistadores se sentían absolutamente libres de toda traba y veían en este continente un inmenso botín, del que se podían apoderar sin consideraciones de ninguna especie. Los Pizarro —al menos Hernando y Gonzalo— pensaban así, pero muchos otros también

lo hacían. Los indios eran para ellos obreros forzosos y prácticamente gratuitos. Su única meta era la acumulación de las riquezas materiales que lograsen. Tal mentalidad había sido formada por las tendencias renacentistas, que implicaban una liberación y exaltación de la personalidad humana, rasgos que se revelan también en los *condottieri* italianos.

Pero la formación de la monarquía absoluta y la existencia de una iglesia vigorosa y consciente de su misión espiritual y moral, no permitieron que se realizaran, en definitiva, tales consignas. El *ius gentium* y el derecho natural, desarrollados sobre todo por el ya recordado Francisco de Vitoria, establecieron un régimen jurídico que fijó las relaciones con los indios (en esto consistió sobre todo su alcance práctico, desconocido para muchos). Fueron considerados éstos como vasallos del Rey de España, no como esclavos. La encomienda, por su parte, otra institución frecuentemente mal comprendida, llegó a constituir un utilísimo instrumento para mantener en jaque al conquistador, transformado por ella en un servidor público, que si bien percibía el único impuesto a que estaba afecto el indio —que era una capitación—, tenía la obligación de cristianizarlo por medio de un misionero, de pagar al protector de indios y de subvencionar al hospital, en que el indio tenía derecho a asistencia hospitalaria, médica y farmacéutica gratuita.

No se impuso, pues, el individuo a la colectividad en la conquista de América, sino que incluso los más turbulentos y libertarios conquistadores fueron dominados por ésta y encauzados en vías morales. Si no hubiera ocurrido así, el indio no se habría conservado en este continente y la fisonomía actual de éste sería totalmente diferente.

Pero en la “revolución francesa” se destruyeron, precisamente, los instrumentos que mantuvieron en jaque al individuo, haciendo posible su auge material sin limitaciones. En la solución dada a esta crisis, España en realidad no tuvo arte ni parte. Su siglo de oro fue el XVI, no el XVIII.

CULTURAS Y PUEBLOS

Antes de seguir adelante, es preciso que aclare en este lugar un aspecto un tanto confuso y complicado.

He hecho alusión en diversas ocasiones a la cultura occidental en conjunto, de que formamos parte. No puede haber duda que una cultura sigue en su devenir histórico cierta trayectoria y que se pueden trazar líneas generales de su desarrollo, entendiendo como tal los cambios que van sucediendo en el tiempo.

Pero debemos tener presente que en realidad tal desarrollo no se produce simultáneamente en todas sus partes, sino que el centro de gravitación cambia constantemente, dislocándose de un pueblo a otro, e incluso de una región a otra, dentro de una misma nación. En ese devenir general puede ocurrir también que una nación quede rezagada, ocurriendo lo que calificamos decadencia. Además, la constelación cultural es especialísima en cada una de ellas, no repitiéndose en igual forma en otras partes.

LA CONSTELACION CULTURAL DE ESPAÑA

España ofrece en estos aspectos un excelente ejemplo. Su constelación cultural especialísima en Occidente fue motivada por varios factores. El primero y más importante fue la guerra árabe, que duró casi ocho siglos. No era un conflicto bélico similar a los que ocurren dentro de una misma cultura. Representaba el choque de dos culturas: una de ellas, la árabe, en el apogeo de su desarrollo y más tarde en estado de civilización, que decayó poco a poco; la otra, la española, primero en su estado formativo y que llegó a supeditar a aquélla cuando alcanzó su apogeo. Un choque entre dos culturas, tan feroz como esa guerra secular, implica forzosamente una polarización espiritual. Sin recurrir a toda la fuerza de una inmensa fe; fe no sólo en el destino nacional, sino religiosa, España habría sucumbido.

Como consecuencia, la Madre Patria acentuó —mucho más que las demás naciones europeas— la parte espiritual de la vida, lo que nos explica por qué ella estaba todavía llena de místicos cuando ya no los había en otras partes del Occidente, y por qué en materia religiosa fuera siempre intransigente y —si se quiere— fanática.

Esta misma constelación cultural nos explica una despreocupación por los asuntos típicamente civilizatorios en el sentido spengleriano. Pues este sociólogo germano ha hecho ver que la crisis del 1800 fue, justamente, la de la civilización. Había crecido la ciudad, con burguesía racionalista e ilustrada, cuya orientación se separó poco a poco de los asuntos teológicos, metafísicos y artísticos, para concentrarse en torno a los científicos y técnicos.

No voy a discutir a Menéndez y Pelayo, autor de *La ciencia española*, que en el siglo de oro las ciencias y la técnica no se hubieran encontrado en España en el más alto nivel. Profesionalmente, me tengo que ocupar a menudo de relatos de autores españoles que se refieren a Chile, del siglo de oro, y no me canso de admirar la extraordinaria precisión, claridad y concisión de sus trabajos. Ladrillero describe en pocas líneas los pueblos indígenas de la Patagonia. Sarmiento de Gamboa indica con envidiable exactitud las distancias y posiciones geográficas. González de Nájera —simple capitán que prestó servicios en la Frontera— es un sociólogo de perspicacia inigualada. *La Historia general del Reino de Chile, Flandes Indiano*, del padre Rosales, contiene una descripción etnográfica de los araucanos que sigue siendo la mejor que tenemos. Y así sería para no acabar si quisiera hacer el elogio de los investigadores de aquel tiempo.

Pero eso se refiere a los siglos XVI y XVII. Ya en este último, el cultivo de las ciencias exactas y matemáticas modernas tenía su centro fuera de España, y entre los grandes científicos del siglo siguiente ya no figura ningún español.

Podría tratar de explicarse esto alegando la decadencia de España, fenómeno a que muchos se han referido. Sin duda, la expansión del imperio en que no se ponía el sol, había implicado una formidable sangría, por la dispersión de la población en los cuatro pun-

tos cardinales, el sacrificio siempre renovado de la juventud en interminables guerras y los costos elevadísimos que ellas impusieron. Hubo, pues, una decadencia que implicaba agotamiento demográfico y material.

Hubo también decadencia en el terreno netamente espiritual. Ninguno de los autores literarios del siglo XVIII es comparable en categoría a los del siglo anterior, y en cuanto a los pintores, sólo Goya se yergue solitariamente como un gigante en medio de la mediocridad de su época.

Pero lo que me parece más significativo, es que a esta decadencia de agotamiento se asociara cierto repudio ancestral por los valores de la civilización propiamente tales, considerados de cierta manera como generados por fuerzas diabólicas, el que sólo se explica por la constelación cultural especialísima que determinó la esencia misma de España. Había opuesto ésta todas sus fuerzas espirituales a la civilización árabe —que fue brillante, acogedora, deslumbrante, como los testimonian todavía los palacios y jardines de la Alhambra—, y ellas no estaban dispuestas a entregarse sin más a la civilización occidental.

La posición de España ante la crisis del 1800 tuvo de esta manera un triple aspecto: no tenía ella, en primer lugar, cabida en el mundo hispano, sino que ocurría fuera de él; coincidió con un período de decadencia propia; y fue resistida interiormente.

LA CRISIS DEL 1800 EN AMERICA

Si nos situamos en la América Hispana, este panorama sufre algunas modificaciones. En realidad, no sería lícito considerar aquí el siglo XVIII como de decadencia, pues fue de rápido, de rapidísimo desenvolvimiento, no sólo económico, sino también espiritual. Sin él, la emancipación no sería explicable. España nos ofreció casi más de lo que podía dar. En Chile, por ejemplo, Ustáriz, Manso de Velasco, Ortiz de Rozas, Amat y Junient, Jáuregui y Ambrosio O'Higgins fueron gobernadores que en nada desmerecieron a los mejores Pre-

sidentes que tuvimos en el siglo siguiente. Todavía más, acá comenzó a madurar la civilización, y será lícito citar algunas pruebas al respecto. Don Manuel de Salas fundó en 1797, en Santiago, la Academia de San Luis, con gabinete de física y colección de ciencias naturales, y sus "Escritos" y labor en el Consulado, que era un especie de cámara de agricultura, minería, industria y comercio, destinada al fomento de estas actividades, revelan ampliamente los anhelos de civilización de la época. Este mismo autor proclamó, todavía bajo régimen español, que si abríamos nuestros puertos al intercambio con los demás pueblos, nos situaríamos en el centro del mundo. En definitiva, la resistencia de España a acceder a tales insinuaciones y a conceder autonomía administrativa a sus posesiones de ultramar, fueron la causa principal de la emancipación.

Es efectivo, por otra parte, que don Manuel de Salas tuvo dificultades para lograr estudiantes que se matricularan en su academia, y también después de la emancipación, los progresos hechos en materia de civilización fueron lentos, por vehementes que fueron los deseos de lograrla, como lo observó muy bien un visitante germano del país, Eduardo Poeppig, quien estuvo aquí entre 1827 y 1829.

Sólo Portales logró crear condiciones políticas y administrativas apropiadas para inducir a ciudadanos de países en que la civilización moderna había encontrado su pleno desarrollo, a radicarse en el país. El resultado se expresó claramente en el censo de 1854, en que, dejando a un lado a los sudamericanos, aparecen 9,118 extranjeros en Chile, de los cuales 5,715 eran de la Europa boreal y central y 683 de Estados Unidos, de modo que el 70% provenían de las naciones en que la civilización moderna se encontraba en su apogeo.

LA CIVILIZACION DE ESTADOS UNIDOS

Si de este mundo hispano dirigimos la mirada al otro extremo, en que aquella civilización encontró su más característica expresión, podríamos tomar a los Estados Unidos como ejemplo para describir la situación creada.

Podría afirmarse que allá las primeras colonias formadas ya obedecían a los principios de la civilización, aún cuando no en el sentido anticlerical, pues es sabido que fueron organizadas por sectas protestantes de profundo arraigo religioso. Faltaba en ellas, sin embargo, el Estado absoluto español, como también una Iglesia que protegiera al indio. No hubo tampoco ningún Francisco de Vitoria que creara un derecho natural en su beneficio, ni mucho menos hubo un padre Las Casas que clamara al cielo al ver cómo ciertos conquistadores trataban a los indígenas. ¡Y cuánto habría podido clamar! No lo hizo nadie, y ahora ya nadie lo podría hacer, pues los colonos anglosajones, al avanzar en tierras de indios, arrasaban con toda la población, no dejando vivo a uno solo. Tal es así, que para ver todavía indios en Estados Unidos, es preciso visitar las antiguas posesiones españolas, arrebatadas a México.

En el siglo XIX, los Estados Unidos se transformaron en el gran centro absorbente de los excedentes demográficos civilizatorios de Europa. Las leyes de inmigración establecieron preferencias para los inmigrantes de las naciones altamente civilizadas, limitando la de países que se habían distinguido por su cultura, como los del Mediterráneo. La emigración misma representó una selección: sólo la emprendían aquellos que deseaban quemar sus naves y hacer la América de la civilización. De cierta manera, tales elementos se identificaban con el *homo oeconomicus* de los liberales.

Y si se pregunta a qué el Mago del Norte debe sus maravillosos éxitos, que finalmente le permitieron dominar a la misma Europa y transformarse en la primera, o quizás en la única potencia del mundo, la explicación del secreto está seguramente, en gran parte, en esa selección de los elementos que lo constituyeron. Pues ellos estaban resueltos a cumplir al pie de la letra los principios atribuidos al *homo oeconomicus*: no preocuparse por ningún pasado, por ningún prejuicio religioso, metafísico o artístico y realizar, lisa y llanamente, las consignas de la civilización: el desarrollo de los valores económicos, a fin de lograr el mayor bienestar material posible, identificado con la misión y el sentido del hombre. Siguieron el camino sin titubeos,

sin la más leve duda en la nueva verdad, con un optimismo realmente envidiable.

Pero lo que resultó, en definitiva, no tiene ya la menor semejanza con el mundo en que soñaban los reformadores de la "revolución francesa". Nuestra economía actual ya no está en manos de pequeños burgueses que se hacen mutua competencia. Algunos de ellos han crecido hasta hacerse más poderosos que los antiguos príncipes y son tan capaces como éstos lo fueron de desencadenar guerras y apoderarse de pueblos completos. Lo que fueron los grandes potentados feudales en la Edad Media, lo son ahora los grandes consorcios capitalistas, que constituyen también, como aquéllos, estados dentro de los estados, pero con más poder.

La gran masa de los burgueses ha descendido a la nueva clase de los proletarios, constituida por los desposeídos, que viven del esfuerzo de sus músculos, hacinados en las grandes urbes, que parecen desde el avión inmensos cementerios petrificados. Gracias a los progresos de la técnica, la mortalidad ha sido reducida cada vez más, y las poblaciones han comenzado a crecer vertiginosamente, como jamás en los milenios del pasado. Ese crecimiento ha permitido reunir masas cada vez mayores en las ciudades.

Si consideramos como tales a las de más de 5,000 habitantes, en Chile había en 1810 sólo una, la capital, que comprendía el 3% de la población del país; en 1952 eran 82, y en ellas vivía más de la mitad de ella (el 54%). La sola capital reunía la cuarta parte de todos los ciudadanos.

ELOGIO DE LA CIVILIZACION

Es muy sencillo —pero también muy barato— adoptar frente a este desarrollo de la civilización un criterio condenatorio, destacando todos sus aspectos negativos, que sin duda son múltiples y que saltan a la vista. Proceden así quienes han perdido la fe en el futuro de nuestros pueblos, pero lo hacen también quienes —a la inversa— lo esperan todo del futuro, como el marxismo.

No deseo engolfarme en la política, ni condenar un desarrollo que, al fin, es nuestro destino ineludible. Quiero permanecer con ambos pies firmemente sobre esta dura tierra y atenerme únicamente a los hechos, actuales o futuros, sin apartarme de ellos.

Ya destaqué que hay dos planos diferentes para considerar el problema: el de la cultura como tal y de los pueblos que la integran.

Desde el punto cultural general, no puede haber duda que la civilización representó una necesidad. Si no hubiera sido así, no se habría impuesto. Incluso desde el punto de vista estrictamente teológico, creo que no hay nada reprobable en que obtengamos el mayor provecho posible de los bienes materiales para el bienestar de los hombres, pues estos bienes también son obra de Dios, que él pone a nuestra disposición. Si hacemos ciencia, no es lícito valorizar los hechos. La moral no está en los bienes, sino en el alma del hombre, que podrá hacer buen o mal uso de ellos, según como proceda. Pero la civilización como tal no es ni buena ni mala.

Menos habrá razón para juzgarla negativamente si se consideran los inmensos beneficios que es capaz de aportarnos. La ciencia ha tenido un desarrollo sin precedentes, y su estado actual no admite comparaciones con épocas anteriores. Su aplicación en la economía ha hecho posible un incremento de la producción, que permite mejorar la situación media de los habitantes de la tierra. La mortalidad y morbilidad han sido reducidas a expresiones mínimas.

Pero más allá de estos hechos concretos que tenemos a la vista, Spengler ha hecho ver que sólo nos encontramos en los comienzos de un desarrollo que llenará los siglos venideros con nuevas creaciones. Estima que apenas se ha iniciado la génesis del derecho occidental y que estamos en vísperas de un ordenamiento racional de las colectividades y de sus economías, tal como se realizó en Roma en la época de los césares. Desde hace sólo pocos decenios tenemos un servicio social, cuyos progresos serán cada vez mayores.

Considerando el conjunto de los problemas que ofrece la civilización, no hay, pues, razón para ser pesimista.

Diferente podrá ser la apreciación si se consideran las perspecti-

vas para cada una de las naciones y para las clases sociales que las componen.

Así como España ganó la delantera al solucionar como primer país la crisis del 1500, ocurrió con las naciones que dieron solución a la del 1800, que fueron primordialmente los anglosajones, primero Gran Bretaña y después los Estados Unidos. Con razón, Spengler ha dejado establecido que esta última nación representa en Occidente el papel de Roma en la Antigüedad. Tiene igual optimismo e igual valorización de la civilización que los antiguos romanos de la suya.

LA UNION SOVIETICA Y ESTADOS UNIDOS

Desde que Rusia se hizo marxista, ha imitado el ejemplo de Estados Unidos. Muchos opinan que hay una diferencia fundamental entre ambos países, pues el uno sería individualista y el otro colectivista, pero tal apreciación considera sólo la forma, no el fondo. En verdad, no hay, en principio, tal contradicción absoluta. Con razón, Bernard Shaw hizo ver a un liberal que insistió mucho en su doctrina, que para ser consecuente con ella debería empeñarse por derogar la institución del correo, pues se trata evidentemente de una empresa colectivizada. Por lo demás, es bien sabido que también la Unión Soviética reconoce bienes particulares y emite empréstitos.

Tampoco constituye una diferencia de fondo que la civilización se contemple con los ojos de un empresario o de un obrero: los hay ambos, tanto en Estados Unidos como en Rusia. Y ni acá, ni allá marcharán las cosas si no se ponen de acuerdo.

Corresponde más bien a Pero Grullo, que a la ciencia, refutar estas falsas apreciaciones. Es tan estúpido declarar que sólo debe haber individuos y profesar, por consiguiente, el individualismo absoluto, como lo es declararse colectivista absoluto. La realidad está constituida por individuos y colectivos y representa su integración. No existen economías individualistas y colectivistas: toda economía es una integración de ambas formas. La graduación de ellas dependerá de las conveniencias, no de las exigencias doctrinarias.

Rusia cometió en 1917 el error de confundir la realidad con un tratado teórico y alejado de ella, como lo es *El Capital* de Carlos Marx, en que cada afirmación no se basa en un conocimiento y estudio de lo que hay, sino en el deseo, y el conjunto se encuentra desfigurado por la ausencia de deseos sanos y honestos, que han sido reemplazados por una dosis extraordinariamente fuerte de bilis. Este error lo ha pagado con millones de víctimas de hambrunas y lo sigue pagando por un standard de vida bajísimo.

Estados Unidos cometió el error de confundir a la economía nacional con la empresa privada y de suponer que basta la iniciativa particular para lograr las metas colectivas. El balance de sus errores es casi tan grotesco como el de Rusia. Quien quiera informarse al respecto, podrá consultar, por ejemplo, la obra de William Vogt, *Camino de Supervivencia*. Se puede leer en ella por ejemplo lo siguiente: "La economía de expansión, cuya necesidad ha llegado a ser un artículo de fe económica, fue en la realidad de los hechos una economía de contracción, desde que se desarrolló a expensas de bienes de capitales irremplazables, como los suelos y minerales, y de recursos renovables, como agua, bosques, tierras de pastoreo y fauna silvestre... Desde 1607 hemos estado viviendo de nuestros recursos de capitales". "El impacto más dañino del hombre civilizado sobre el medio ambiente es la destrucción del ciclo hidrológico... El primer paso... es la destrucción de la cubierta vegetal... Con la ausencia de árboles y yerbas, la capa o masa vegetal acumulada sobre la superficie del suelo empieza a desaparecer". "Nuestros progenitores... eran uno de los más destructores grupos de seres humanos que jamás hayan saqueado la tierra. Se introdujeron en una de las mansiones de más ricos tesoros que jamás se hayan abierto al hombre, y en pocas décadas convirtieron millones de hectáreas en ruinas". "En cerca de 150 años hemos perdido una tercera parte de nuestra capa de suelo, más de la mitad de nuestras maderas de alta calidad, una proporción desconocida de nuestras reservas de agua y, una gran parte, todavía no medida, de nuestra vida silvestre". No menciona este autor otra

de las consecuencias de esa política de libre empresa: el aniquilamiento total de la raza indígena.

En ambos países, tanto en Rusia como en Estados Unidos, estas devastaciones han sido la consecuencia de la aplicación de doctrinas mal concebidas. El colectivismo puro redujo fantásticamente la eficiencia del individuo y estimuló en grado máximo sus abusos a expensas de la colectividad. El individualismo puro indujo al individuo a enriquecerse a cualquier precio, sin preocuparse en lo más mínimo de la conservación de los bienes de que el Creador dotó a la humanidad.

Pero ambas naciones están actualmente corrigiendo estos extravíos y apartándose de un terreno netamente doctrinario y teórico. Sólo en Chile se nos ha ocurrido a última hora que debemos imitar ciegamente el mismo sistema que los Estados Unidos están abandonando.

Lejos de constituir antagonismos absolutos, Estados Unidos y la Unión Soviética representan dos *facies* de una misma civilización. En definitiva, se impondrá de ellas la que sea más eficiente, y no cabe hasta ahora la menor duda que Estados Unidos lleva una ventaja muy notable: no obstante todo el capitalismo que se le enrostra por los marxistas, la situación media de sus obreros es muy superior a la de los obreros soviéticos. Es esta la única razón por la cual no hay marxismo en Estados Unidos. No obstante esta superioridad, también la Rusia soviética tiene una fe ciega en la civilización y disculpa sus numerosas fallas como fenómenos de transición hacia una sociedad ideal.

SITUACION DE LOS DEMAS PUEBLOS

En las demás naciones que integran Occidente, la situación es mucho menos clara. Se debe ello, sin duda, a que ellas no representan una civilización pura, sino que se mezclan con ella, en mayor o menor grado, toda clase de supervivencias culturales. Estadísticamente, ello se podría comprobar, por ejemplo, demostrando que una

proporción apreciable de sus poblaciones no obedecen de ninguna manera al tipo ideal del *homo oeconomicus*. No estiman que el lucro tenga que ser la preocupación esencial del hombre, ni que la misión de éste consista en acumular bienestar material. Les gusta conversar, ir al teatro, hacer vida social, dedicarse al juego, leer libros, o simplemente flojear y entregarse al *dolce far niente*. A veces trabajan también, pero poco.

Debo repetirlo: yo no pretendo valorizar estas actitudes; las constato sencillamente. Pero es evidente que, desde el punto de vista de la civilización, tal vida tiene que ser muchísimo menos eficiente que la del *homo oeconomicus* de la civilización pura.

Las graduaciones que hay al respecto se pueden medir cuantitativamente. Un estudio de Colin Clark, economista neozelandés, por ejemplo, que expresa los resultados en dólares de igual poder comprador, se refiere a la situación de 28 países por el año 1930, o sea, en una época equidistante entre las dos guerras mundiales. En Estados Unidos y Canadá, un activo ganaba 1,400 dólares al año; en Lituania, Rumania y Bulgaria, poco más de 200 dólares. Al centro de la serie figuran Bélgica y Noruega, con 600 y 540 dólares. Entre ellos, justamente en la medianía, aparece Chile, con 555 dólares.

Ahora bien, desde 1930 hasta la fecha nos hemos civilizado cada vez más, pues desde entonces la renta media por habitante ha aumentado en 125% en nuestro país.

No deseo profundizar más el problema en esta ocasión. Sólo quise insinuar posibilidades y dejar en claro las razones de las diferencias.

CULTURA Y CIVILIZACION

En cambio, es interesante dedicar alguna atención a otro aspecto del planteamiento hecho. Me refiero a la antítesis que representan

la cultura y la civilización. Con todas las loas que prodiguemos a esta última —como lo he hecho—, no necesitaremos reconocerla como valor absoluto, que excluya a aquélla. Por el contrario, es de preguntar si no conviene una integración de ambas.

La civilización pura ha sido definida por mí como idéntica con el *homo oeconomicus*. En el fondo, este es un autómeta, un simple mecanismo productor y distribuidor. No tiene alma, pues alma es cultura. Representa, si se quiere, una degradación del hombre, al menos desde el punto de vista cultural.

Y esta degradación es al mismo tiempo un peligro. Tanto lo es, que se discute actualmente en forma seria la posibilidad de que uno de los supercivilizados haga estallar todo nuestro globo, lanzando una bomba atómica infinitamente más potente que la ya usada en Hiroshima.

Si tales disyuntivas ya revelan una falta absoluta de respeto para con los congéneres y la Divinidad y sus mandamientos, tal actitud irreligiosa caracteriza, en el fondo, a toda la civilización. Sus desvaríos provienen, en último término, de ella. El capitalismo y el marxismo no reconocen otro sentido a la existencia humana, que el de satisfacer sus apetitos materiales. Pero al continuar con toda lógica por este camino, el hombre se transformará otra vez en bestia, y las bestias se devorarán mutuamente, con o sin bomba atómica.

De este modo, las civilizaciones volverán a enfrentarse con el problema inicial que abordaron las culturas, es decir, con las eternas preguntas acerca de qué es el hombre, qué es el mundo, por qué existimos, de dónde venimos, hacia dónde vamos, cómo se ha constituido el universo y qué fuerzas dominan en él, por qué existe algo en vez de no existir nada. Y también tendrá que meditar este diminuto granito de arena que es el hombre, polvo cósmico al borde de espacios infinitos e insondables, acerca del sentido de la conciencia que hay en él, acerca del sentimiento que lo hace sentirse infinito, siendo tan pequeño, y acerca de sus relaciones con el mundo vivo o inanimado que lo rodea. En una palabra: volverá a tener que abor-

dar el problema de Dios, más presente, más vivo, más actual, mientras más lo negó la civilización.

Pero ya es tiempo que llegue al término de estas meditaciones acerca de la crisis de nuestro tiempo, considerada bajo su aspecto económico.

Si remonté mucho más allá del momento actual que vivimos, y si abordé materias que podrían parecer un tanto lejanas al tema, ha sido, por cierto, porque tenía necesidad de deslindar mejor el campo.

La crisis de nuestro tiempo es innegable. No existe ningún orden fijado y aprobado por todos, igualable al del imperio romano o español.

Todo se encuentra en permanente fluidez. Incluso los representantes más genuinos de la civilización actual, Estados Unidos y Rusia, están insatisfechos. La gran crisis del 1800, "la revolución francesa", no encontró soluciones apropiadas. Resultó un caos en que se combaten empresarios y asalariados, partidos políticos de los más diversos matices y tendencias y las propias naciones. Nuestra generación ha presenciado dos guerras mundiales, y nadie sabe si no estallará ya mañana la tercera. No aceptamos el mundo de ayer, pero no sabemos por qué reemplazarlo. Todos estos rasgos revelan la existencia de una auténtica crisis.

No obstante, destaqué que existen una serie de elementos que permitirían realizar una economía magnífica, mucho más eficiente que la actual. Es preciso que describa las condiciones necesarias para lograrla.

Vimos que la economía pura, tal como la concibió la civilización absoluta de Estados Unidos y Rusia, no representa, en definitiva, una solución conveniente.

Se requiere, además de ella, y como condición para que funcione debidamente, un control colectivo que se inspire en algo más que en el simple lucro.

El problema de ese control se identifica con la política, considerada aquí en una acepción amplia, ecuménica.

LOS DESASTRES DE LA POLÍTICA

Sin duda, uno de los síntomas más evidentes de la crisis de nuestro tiempo es el mal funcionamiento de la política. La revolución francesa, de acuerdo con su principio de igualdad, estableció el sufragio universal, pasivo y activo, con el resultado de que se exige para ser *junior* en cualquier empresa comercial de alguna importancia, haber cursado humanidades y hecho estudios comerciales, mientras que para ser Presidente de la República basta con saber leer y escribir y tener cierta edad.

La consecuencia ha sido que la política, que en la monarquía absoluta había llegado a constituir un arte sutilísimo y desempeñado por especialistas altamente calificados, se vio invadida por la mediocridad y la demagogia. Y desde su esfera, esta incompetencia e irresponsabilidad ha invadido la administración pública, al extremo que cuando se indica hoy día el nombre de algún candidato para un alto cargo público, uno se pregunta: ¿Será suficientemente incapaz para poder ocuparlo?

Por la misma razón, el campo político mismo se ha dividido cada vez más en fracciones de partidos e incluso en actuaciones individuales que representan intereses materiales, pero que han dejado de tener interés por la causa colectiva.

Hay, sin embargo, excepciones. Las dos grandes naciones anglosajonas se enteraron cabalmente que tales tendencias anárquicas en el campo de la política interior tenían que arrebatárles la supremacía en el de la exterior. Gran Bretaña evitó, por tal motivo, ese caos mediante una inteligentísima ley electoral, que permite elegir un solo candidato en cada distrito electoral. Como, de acuerdo con ella, sólo tienen opción los candidatos de grandes partidos, resultó el sistema de dos de ellos; uno de gobierno y otro de oposición. Del mismo modo, la ley electoral de Estados Unidos establece que corresponden al partido mayoritario todos los sillones parlamentarios de un distrito

electoral. Como consecuencia, resultó también en este país que sólo podían existir dos partidos: uno de gobierno y otro de oposición.

Esta constelación indujo lógicamente a esos dos partidos a asumir un papel muy diferente que el que desempeñan nuestros diminutos partidos fraccionados. El partido de oposición de Gran Bretaña o Estados Unidos no puede dedicarse a defender intereses de grupos o individuos: tiene que pensar los problemas con criterio nacional, pues de otra manera jamás logrará suficiente arraigo para llegar al poder. Ya se siente gobierno en la oposición, pues se está preparando para asumir mañana el mando, y tiene que ser eficiente entonces desde el primer instante.

Los marxistas rusos cometieron la inaudita torpeza de renunciar a tolerar la oposición organizada y legalmente constituida. Por consiguiente, la tienen ilegal y desorganizada, y se manifiesta en forma de asonadas y purgas interiores, en el mismo partido único, cuya existencia se encuentra así constantemente amenazada desde adentro.

Sin duda, el sistema anglosajón es en Occidente el más inteligente: permite a la opinión pública exteriorizar su aprobación y descontento con la política realizada por el gobierno y establece un camino para enmendar rumbos, sin que sea necesario realizar para ello una revolución.

Los regímenes menos eficientes son aquellos en que la vida política está fraccionada en pequeños partidos que se anulan mutuamente, como ocurre entre nosotros. En vez de haber alta política, se dedican a la politiquería, y llegan a constituir así un cáncer de la nación.

Para poder salir de nuestra eterna crisis económica, la solución del problema político es, sin duda, una condición preliminar. Y esto por la sencilla razón de que —por mal que les parezca a los liberales— los problemas económicos fundamentales no serán solucionados por la economía privada, sino por la política.

LA MONEDA Y LAS FINANZAS

Basta considerar, en primer término, dos cuestiones esenciales para comprenderlo: la monetaria y la financiera, tan íntimamente ligadas y entrelazadas.

Se hace a menudo a los economistas el cargo de haber demostrado incapacidad para darles solución. Pero para que tal crítica fuera justa, habría que hacer con ellos algo más que pedirles informes: habría que darles mando, mando político. Mientras no lo tengan, no podrá hacerse responsables por la obra de políticos que no hacen, o sólo hacen parcialmente, lo que los economistas les aconsejan.

El problema monetario y el financiero son esencialmente políticos. Es imposible que exista moneda sana, de valor comprador constante, mientras exista un caos en el mercado de las divisas y mientras se realicen a destajo emisiones inorgánicas. Terminar con ese caos es un problema político. Depende, en primer lugar, de la voluntad de hacerlo; luego de la inteligencia para comprender lo que se debe hacer, y, finalmente, de la acción misma de realizarlo. Y, de la misma manera, el problema financiero depende de la voluntad y de la acción de ajustar los gastos a las disponibilidades de recursos.

Ahora bien, sin moneda sana y sin finanzas ordenadas no podrá marchar la economía, pues la inflación monetaria y el desorden financiero perturban profundamente todas las demás actividades.

LA INTERVENCION ESTATAL

Por lo demás, la esfera del Estado no se limita hoy día a mantener ordenado el sistema monetario y financiero, sino que comprende numerosas iniciativas de orientación de la política económica y de la realización económica misma, mediante empresas propias.

Negar esto, como lo hacen no pocos, sería colocarse en un terreno anacrónico. Hasta hace pocos decenios atrás, la economía chilena era completamente libre en el sentido liberal. El Estado ni si-

quiera reconocía como una de sus obligaciones primordiales, la de asegurar al país un sistema monetario ordenado, sino que hizo depender el valor de la moneda del libre juego de la oferta y la demanda de divisas en la bolsa de Valparaíso: se especulaba con el peso como con cualquier papel bursátil. Muchos anhelan que se vuelvan a restablecer esas condiciones, que les parecen paradisíacas. Pero quisiera recordarles que mientras predominaban, el valor del peso bajó de 48 a 6 peniques, de modo que aquel sistema fue tan ineficiente como el que se introdujo después.

Bajo ese mismo régimen de absoluta libertad económica, la industria salitrera llegó a ser primero británica y después norteamericana, y la del cobre llegó a pertenecer a esta última nación. La iniciativa particular chilena, tan elogiada como remedio universal, no ha sido capaz de desarrollar una sola de las grandes minas de cobre que tenemos. La colectividad, en cambio, ha realizado iniciativas tan importantes como la construcción de las plantas eléctricas de ENDESA y de la usina de acero de Huachipato, la explotación del petróleo por la ENAP y la introducción del cultivo de la remolacha y su refinación por la IANSA.

No diré que estas iniciativas hayan sido realizadas todas en forma ideal, ni que funcionen todas las empresas como sería de desear: sería curioso que no se hiciera sentir en ellas la influencia del caos político en que vivimos.

EXPECTATIVAS DE CHILE

Ahora bien, estas obras sólo representan un principio. De 40 millones de kw. que corresponden a nuestras caídas de agua, apenas explotamos 400,000, o sea, la centésima parte. Las ingentes reservas de carbón de Magallanes, cuyo volumen alcanza al de las del Ruhr, se encuentran prácticamente intocadas. Las reservas minerales del país son incalculables. En reciente publicación, hecha bajo el título de "Revolución en la agricultura", demostré que no existe problema

para alimentar 25 millones de habitantes si introducimos las rotaciones intensivas que se aplican en la agricultura europea.

Para el desarrollo de tan ingente potencial económico, Chile dispone de una población inteligente y trabajadora, política e intelectualmente madura, capaz de realizar una economía moderna.

No puede negarse, pues, que las posibilidades y expectativas son óptimas.

En atención a estas premisas, cabe preguntar por qué, entonces, nos debatimos en medio de tantas dificultades económicas, como ser, inflación monetaria, desorden financiero, falta de divisas, escasez de alimentos, industria cara, etc.

Hay, sin duda, un manifiesto contraste entre la realidad y el potencial.

No puede caber duda que el mismo proviene, en lo esencial, de una mala organización, o, expresado en términos más amplios, de una mala ordenación de nuestra vida colectiva.

DEFECTOS DE LA ORDENACION DE NUESTRA VIDA

Si Mahadeva, el Dios de la Tierra de los brahmanes, bajara de nuevo del cielo a esta tierra, para hacerse hombre y comprender los problemas humanos, ¿qué constataría? Que casi todos estamos mal situados. Individuos de la más alta jerarquía intelectual y moral ocupan puestos totalmente secundarios; necios y charlatanes se han elevado a las más altas categorías.

Posiblemente, haciendo los cambios de acuerdo con los méritos, las cosas comenzarían a marchar, pues, en definitiva, cada repartición, cada industria y cada negocio son lo que sus jefes hacen de ellos (no lo que obreros realizan, como pretende Carlos Marx). Resumiendo, este reagrupamiento implicaría una nueva jerarquización. No una basada en influencias políticas o personales, sino en la eficiencia efectiva.

Esto ya significaría mucho y aliviaría enormemente nuestra situación. *The right man at the right place*, dice la sabiduría anglo-

sajona. Como ya lo expresé, parece que en Chile estuviéramos empecinados en colocar siempre al hombre inadecuado en un puesto que no le corresponde. ¡Qué diferencia con la tan denigrada monarquía absoluta! ¡Qué contraste con los anglosajones, que buscan con la lupa a los jefes y los ayudan en todo sentido a cumplir su cometido! ¡Qué contrasentido, el de haber transformado el cargo de un servidor público en una “pega”!

LA FIJACION DE LAS REALIZACIONES

Pero supongamos que lográramos reestructurar la sociedad y colocar a cada cual en el lugar que le corresponde: eso sólo sería el comienzo. Luego vendría el problema de seleccionar entre las múltiples expectativas que nos ofrece nuestro potencial natural. Pues es evidente que las posibilidades son múltiples y no pueden ser realizadas al mismo tiempo. Podemos seguir, por ejemplo, el camino de las exportaciones, desarrollando todo aquello que sea útil para otras naciones (como lo hemos hecho en el pasado y lo seguimos haciendo todavía, en gran parte). O podemos industrializarnos, dejando a un lado los problemas agrícolas, como lo han hecho los gobiernos llamados de izquierda. O podemos acentuar los de la agricultura, como la lógica y la prudencia lo aconsejan. Podemos hacerlo todo por el Estado, o por la iniciativa particular, o bien combinar ambos caminos, etc.

Como se ve, las posibilidades prácticas son múltiples. ¿Quién fijará el camino? ¿Un individuo? ¿La casualidad? ¿La nación misma? ¿La mayor influencia de algún grupo? ¿La demagogia callejera?

Llegamos, pues, de nuevo, al punto de partida: trátase, a todas luces, del problema político.

Pero voy a suponer que salvemos también este escollo, es decir, que cada individuo haya ocupado el lugar que le corresponde y que se haya trazado un plan para el desarrollo de nuestros recursos naturales: ¿habráse resuelto con ello el problema?

EL SENTIDO FINAL

Mahadeva iría más allá de todo eso y comenzaría a examinar luego el contenido de los corazones. Está bien que cada cual haya ocupado su lugar y que la economía marche, ¿pero para qué marcha?

¿Marcha para que satisfagas tus apetitos materiales? ¿Para que te hagas más rico? ¿Para que consumas más bienes de esta tierra?

Si fuera así, nada se habría ganado. Ese mundo carecería, en el fondo, de sentido, como carece de él el hecho de que el canadiense y el norteamericano hayan alcanzado una renta de 1,400 y el lituano una de sólo 200 dólares. Mahadeva escudriñaría luego el contenido del alma, y le aplicaría otra escala de valores, que no son, por cierto, dólares de igual poder comprador, y encontraría que casi todas son vacías y tienen —para seguir hablando en números— el valor 0.

Y ahora, repentinamente, se nos ocurrirá que hemos vuelto en nuestra meditación al año 1530, cuando los mercaderes de Amberes consultaron a los doctores de teología de la Universidad de París si hacían bien en cobrar una diferencia por las letras de cambio que giraban sobre otras plazas, y que les dijeran si estaban o no cometiendo un pecado mortal.

Y desearíamos que nuestros banqueros volvieran a formular esa pregunta, y que hubiera un segundo Francisco de Vitoria que meditara el problema y declarara que se encuentra ofuscado y cohibido, para luego hacer sus comentarios a la *Secunda Secundae* y sobre la usura, y buscara un camino para salvar el alma de la civilización que la ha invadido.